

CLAUSURA CURSO COMUNICACION E INFORMACION PARA LA PASTORAL. Dic. 5, 1989

Nos hemos alegrado especialmente de que este curso para Comunicadores Sociales, requerido por el CELAM, haya tenido lugar en esta Universidad. En efecto, él es una forma de servicio a la Iglesia, que se presta en un área singularmente importante para nuestros pueblos. La Universidad ha hecho un esfuerzo para que este curso fuera servido en la mejor forma que le fuera posible. Esperamos sinceramente que les haya sido de provecho, y estaremos muy atentos a las observaciones y críticas que pudieran formularse y que pudieran llevar a mejorar versiones futuras del curso.

Esperamos que hayan encontrado una cálida acogida, como corresponde a una acción de Iglesia, que debe estar marcada por un profundo espíritu de comunión. Estoy seguro de que para todos mis colegas que han intervenido en la docencia, el contacto con ustedes ha sido profundamente enriquecedor.

Al reunirse movidos por un espíritu común, hombres cuyos pueblos comparten problemas básicos análogos, no puede dejar de suscitarse la conciencia de lo que nos es común y de lo que nos distingue a los unos de los otros. Y en esa diversidad en la unidad, todos resultan recíprocamente beneficiados. En el contraste e intercambio de opiniones y vivencias, se produce un auténtico fenómeno de comunicación.

Porque "la comunicación como acto social vital, nace con el hombre mismo" (P1064). El hombre es impensable sin esa facultad misteriosa de proyectar sus contenidos de conciencia y hacerlos "comunes" con los demás. Comunicación, educación, cultura, son nociones que se entrelazan y superponen, y que vienen a denotar en último término aquello que desde el punto de vista puramente fenoménico, es lo más propio y distintivo de la especie humana.

Sin embargo, ese acto constitutivo de lo humano, no ha podido escapar a la deriva cultural de nuestros tiempos. El revés de la trama de nuestro mundo está tejido por un materialismo omnipresente. El no se manifiesta sólo en las formas más groseras del hedonismo o del afán desmedido de bienes o de seguridad materiales. Se manifiesta más profundamente. En la base misma de las posturas liberales, se encuentra la convicción de que las relaciones individuales, libradas a su propio y espontáneo juego, llevan necesariamente a una forma social deseable, del mismo modo que el juego espontáneo de los átomos de un gas los distribuye necesariamente en formas predictibles. En la base de las posturas marxistas, se halla la convicción de que hay leyes necesarias que juegan en la historia, tal como juegan en la naturaleza física. En la base de la posición científico-tecnológica que goza hoy de tal predicamento, se halla la idea de que todo el mundo del hombre, naturaleza, sociedad, psique humana, son materiales dispuestos para la elaboración de acuerdo a las leyes que se van revelando a la investigación por la observación y el experimento.

Lo único que no provee la materia, son los valores, sin los cuales también la vida del hombre es impensable.. Y todos los materialismos recurren entonces a inventar valores, a imponer valores, tal como previó hace ya un siglo al meditar sobre la voluntad de poder, esa especie de profeta del abismo que fué Federico Nietzsche. Y como los valores no pueden imponerse propiamente por la fuerza, se ha ido desarrollando un mundo de persuasión sistemática que pone las propias armas científico-tecnológicas al servicio de la difusión y aceptación de aquellos que justifican y mantienen un mundo materialista. Todos ustedes recordarán los párrafos 1071 a 1073 del Documento de Puebla, y habrán sido alertados por ellos al peligro de que se están rompiendo realidades culturales fundamentales por el empleo masivo de métodos de comunicación.

No podemos ocultarnos que la comunicación de masas lleva inscrito este peligro en su propia esencia. Ella no puede sino coartar la libertad de elegir. Se elige entre los libros de una biblioteca, o en el contacto interpersonal. Pero de hecho se está sometido al influjo nivelador de los medios de masas. Ellos tienden a sustituir las raíces tradicionales de una cultura, y a apagar la postura crítica del entendimiento frente a los sustitutos. Qué importante es entonces que sus leyes, su forma de acción, los recursos que ofrecen, los peligros a los que exponen, sean conocidos y estudiados por quienes quisieran hacer al mundo más humano. Qué importante es explorar las múltiples formas de comunicación más personalizada, qué importante es estar alerta frente a la invasión insidiosa de las ideologías, de la propia y de las ajenas, para evitar que el mundo de la comunicación se transforme en un mundo de la manipulación del hombre, y para lograr por el contrario que con los propios recursos conceptuales y científicos que ofrece, él se transforme en una fuerza poderosa y pacífica para su liberación.

Qué importante es en fin conocer mejor y más profundamente las raíces culturales de nuestros pueblos, para encontrar en ellas las fuerzas que les permitan impedir su manipulación tantas veces cruel e interesada.

Yo espero que estas semanas de estudio, de confrontación, de discusiones, de consensos y disensos, les hayan permitido un tiempo de meditación, y sean mañana un nuevo punto de partida en una tarea de Iglesia más perfeccionada y más fecunda. Por nuestra parte, y en nombre de esta Universidad, les agradezco lo que en ideas, sentimientos, y también en ejemplos han sabido aportarnos. Su buen recuerdo quedará vivo entre nosotros.